



Cristonaut@s

EN LA GRAN MISIÓN CONTINENTAL CON LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

LECTIO DIVINA DOMINICAL

Domingo III de Pascua Ciclo C

Hno. Ricardo Grzona, frp
María Verónica Talamé, frp

PRIMERA LECTURA: Hechos de los Apóstoles 5, 27-32.40-41

SALMO RESPONSORIAL: Salmo 29

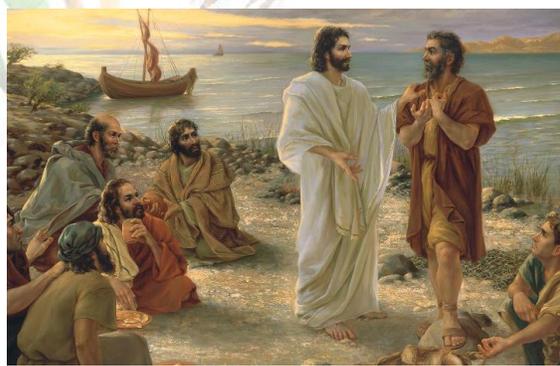
SEGUNDA LECTURA: Apocalipsis 5, 11-14

Invocación al Espíritu Santo:

Ven Espíritu Santo,
Ven a nuestra vida, a nuestros corazones, a nuestras conciencias.
Mueve nuestra inteligencia y nuestra voluntad
para entender lo que el Padre quiere decirnos a través de su Hijo Jesús, el Cristo.
Que tu Palabra llegue a toda nuestra vida y se haga vida en nosotros.

Amén

TEXTO BIBLICO: Juan 21, 1-19
«Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero»



21,1: Después Jesús se apareció de nuevo a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Se apareció así:

21,2: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael de Caná de Galilea, los Zebedeos



Cristonaut@s

EN LA GRAN MISIÓN CONTINENTAL CON LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

y otros dos discípulos.

21,3: Les dice Simón Pedro:

—Voy a pescar.

Le responden:

—Nosotros también vamos.

Salieron, y subieron a la barca; pero aquella noche no pescaron nada. 21,4: Al amanecer Jesús estaba en la playa; pero los discípulos no reconocieron que era Jesús.

21,5: Les dice Jesús:

—Muchachos, ¿tienen algo de comer?

Ellos contestaron:

—No.

21,6: Les dijo:

—Tiren la red a la derecha de la barca y encontrarán.

Tiraron la red y era tanta la abundancia de peces que no podían arrastrarla.

21,7: El discípulo predilecto de Jesús dice a Pedro:

—Es el Señor.

Al oír Pedro que era el Señor, se ciñó la túnica, que era lo único que llevaba puesto, y se tiró al agua.

21,8: Los demás discípulos se acercaron en el bote, arrastrando la red con los peces, porque no estaban lejos de la orilla, apenas unos cien metros.

21,9: Cuando saltaron a tierra, ven unas brasas preparadas y encima pescado y pan.

21,10: Les dice Jesús:

—Traigan algo de lo que acaban de pescar.

21,11: Pedro subió a la barca y arrastró hasta la playa la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aunque eran tantos, la red no se rompió.

21,12: Les dice Jesús:

—Vengan a comer.

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían que era el Señor.

21,13: Jesús se acercó, tomó pan y se lo repartió e hizo lo mismo con el pescado. 21,14: Ésta fue la tercera aparición de Jesús, ya resucitado, a sus discípulos.

21,15: Cuando terminaron de comer, dice Jesús a Simón Pedro:

—Simón hijo de Juan, ¿me quieres más que éstos?

Él le responde:

—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Jesús le dice:

—Apacienta mis corderos.

21,16: Le pregunta por segunda vez:

—Simón hijo de Juan, ¿me quieres?

Él le responde:

—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Jesús le dice:



Cristonaut@s

EN LA GRAN MISIÓN CONTINENTAL CON LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

—Apacienta mis ovejas.

21,17: Por tercera vez le pregunta:

—Simón hijo de Juan, ¿me quieres?

Pedro se entristeció de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le dijo:

—Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero.

Jesús le dice:

—Apacienta mis ovejas. 21,18: Te lo aseguro, cuando eras joven, tú mismo te vestías e ibas a donde querías; cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te atará y te llevará a donde no quieras.

21,19: Lo decía indicando con qué muerte había de glorificar a Dios.

Después de hablar así, añadió:

—Sígueme.

BIBLIA DE NUESTRO PUEBLO

1.- LECTURA: ¿Qué dice el texto?

Estudio Bíblico.

Estamos en el último Capítulo de Juan que, como es bien sabido, constituye un agregado posterior al Evangelio que ya había concluido en Jn 20,30-31. Sin embargo, aunque escrito por algún discípulo, con un estilo y vocabulario muy cercano al autor del resto del libro, nos deja una de las perlas más preciosas del Cuarto Evangelio, llena de detalles que nos remiten a no pocos momentos vividos antes.

Con una clásica fórmula de enganche “**después de esto**”, refiriéndose a la manifestación de Jesús a Tomás, en pocos versos el autor pone en acto personajes, escenario, acciones y símbolos ya usuales para el lector. Todo se dispone al desarrollo de un relato que “**sucedió así**”. Unos cuantos “**discípulos**” que “**estaban juntos**” a los paisajes de las “**orillas del mar de Tiberíades**” con el plan de “**voy a pescar... vamos también nosotros**” y dispuestos para “**subir a la barca**” no hacen sino situarnos frente a personas, paisajes, situaciones y elementos bien conocidos. Un final que más bien parece un volver a empezar. Nos remonta a unos 3 años atrás cuando todo había comenzado. Pero inmediatamente, aunque con una frase corta, se desliza un detalle ya casi olvidado: “**pero esa noche no pescaron nada**”. Si bien por unos instantes, el lector es remitido con fuerza y claridad a recordar el entusiasmo de **Simón Pedro y los hijos de Zebedeo**, de los primeros cuatro llamados al discipulado (Mc 1,16-19), esta acotación nos sitúa ante el precedente de desilusión nocturna -previo a la primera pesca milagrosa- cuando el mismo Simón (y quizás su hermano Andrés) también entonces acompañado de los hijos de Zebedeo (Santiago y Juan) confesó a Jesús: “**Maestro, hemos trabajado la noche entera y no hemos sacado nada**” (Lc 5,5). Parecen haber olvidado la advertencia de Jesús: “**sin mí no pueden hacer nada**” (Jn 15,5). Hoy estamos ante un texto pascual, pero con el mismo inicio frustrante de aquella vez. Además, como no podía ser de otra manera, en el mismo contexto del “**Mar de Tiberíades**” que, como nadie, sabe de redes llenas y a punto de romperse pero



Cristonaut@s

EN LA GRAN MISIÓN CONTINENTAL CON LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

también de pescadores desilusionados limpiando redes vacías. La presencia de **Tomás**, nos remite al episodio apenas acaecido de su conversión y adhesión al Resucitado, como la de **Natanael** no puede menos que recordarnos a aquel incrédulo de los inicios que, cuando Felipe le dio testimonio de Jesús: “hemos hallado a aquel de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret”, Natanael acotó: “¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?” (Jn 1,45-46). Sin embargo, a este “verdadero israelita y hombre sin doblez” (Jn 1,47), en aquella oportunidad Jesús le hizo la promesa de “ver cosas más grandes” que la de saber su identidad con sólo verlo debajo de una higuera. Todo pareciera haber llegado a su fin pero, a su vez, todo parece volver a empezar y con modos nuevos. El Resucitado les propone experiencias y relaciones distintas, pero también les hace ver cosas más grandes.

La desilusión y frustración de “**esa noche**” se contrapone a la novedad y posibilidad de recomenzar que brinda el “**amanecer**”. El texto se encarga de señalarlo, no sólo para indicar el comienzo de una nueva parte en el relato sino la esperanza de una nueva situación. “**Aunque los discípulos no sabían**” de la presencia del Resucitado, “**Jesús estaba en la orilla**”. Esta acotación sirve para destacar la necesidad de la fe frente a lo que va a suceder a continuación. Es el mismo antecedente que en Lc 5: no tienen nada para comer porque no habían pescado nada; pero la diferencia radical es que en aquella ocasión sabían que era el Maestro el que les pedía volver a intentarlo y acá el relator se encarga de dejar claro que los discípulos no sabían que era Él. Aunque escuchar el mandato “**tiren la red a la derecha de la barca y encontrarán**” seguro les trajo a la memoria la eficacia de aquella orden de Jesús a Pedro: “navega mar adentro, y echen las redes” (Lc 5,4), ahora tienen que hacerlo desde la fe. Y una fe que requiere partir de la propia verdad, tantas veces dolorosa. Sólo habían recibido una pregunta: “**muchachos, ¿tienen algo para comer?**”. Jesús querría ayudarlos a que tomen conciencia de su vacío y necesidad, pero a los expertos pescadores, dada las circunstancias, seguro les resultó una pregunta molesta. Frente a la dura realidad, la iniciativa fue del Señor. Ellos todavía no sabían cuál era el plan. Sin embargo, el texto parece querer decir algo más.

Por un lado, el relato presenta unos discípulos, reunidos en comunidad, siguiendo las indicaciones de su legítima cabeza “Simón Pedro” y haciendo el oficio que sabían hacer; no obstante, infecundidad: “**esa noche no pescaron nada**”. Por el otro, Jesús resucitado “**en la orilla**”. Ellos estaban “**juntos**”, subidos a la barca, símbolo de la comunidad - iglesia, pero sin Jesús. Se entrevé un cierto desconcierto y como una determinación a volver al oficio del que Jesús los había llamado al principio. Esa decisión de Pedro: “**voy a pescar**”, trasluce un desconocimiento de cómo sigue la historia del “muerto que vive”, incluso de no saber qué hacer con la comunidad, y hasta quizás un principio de desmembramiento. No dice “vayamos a pescar” ni mucho menos sugiere un discernimiento comunitario. En total, los discípulos son siete: cuatro pertenecen al círculo de los Doce y tres a los “otros”. Estamos ante un número que indica plenitud y totalidad. Estaban todos juntos pero todavía no habían aprendido a relacionarse con el Resucitado. Todos tenían que aprender que el éxito de la misión no depende del esfuerzo humano, sino de la presencia viva del Señor en ella. La potencia de la resurrección de Jesús no había terminado todavía de invadir la vida de los discípulos. La fe es un proceso que si bien tiene asidero en la historia y cuenta con elementos conocidos



Cristonaut@s

EN LA GRAN MISIÓN CONTINENTAL CON LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

por la experiencia personal y comunitaria, tiene también mucho de novedad y de sorpresas inimaginables. Tenían que aprender a “ver cosas más grandes”, pero no con los ojos físicos.

En cuanto obedecieron la orden, tal como había sucedido aquella vez, también ahora la red **“se llenó tanto de peces que no podían arrastrarla”**. La oscuridad, la soledad, la incapacidad de las fuerzas humanas unidas a la fuerza y vitalidad de la Palabra del Resucitado, revirtió la situación. Y fue **“el discípulo al que Jesús amaba”** quien dijo a Pedro: **“¡Es el Señor!”**. El amado percibe la presencia del Amado y se remite a la autoridad con una exquisita fórmula de fe pascual. Recién ahora se les abrieron los ojos, la mente y el corazón. Como los de Emaús, estaban frente al Resucitado sin reconocerlo. Por el testimonio del discípulo amado, Pedro, reaccionando en primer lugar, creyó y **“ciñéndose la túnica que era lo único que llevaba, se tiró al agua”**. No aguantó ni los cien metros que faltaban para acercarse al Señor que saltó de la barca y avanzó hacia la orilla nadando. El verbo griego que significa «ceñirse (la ropa)», sólo aparece, dentro del NT, en Juan y puede significar “vestirse”, pero más propiamente quiere decir “recogerse la ropa y sujetarla con un cinturón”, de forma que no estorbe para hacer algún trabajo. En Jn 13,4-5 se utiliza este verbo para describir cómo Jesús “se ciñó” una toalla para utilizarla en el lavatorio de los pies de los discípulos. La prenda de que se habla en este episodio es un blusón, que solía llevarse sobre la ropa interior. En este caso se trataría de un blusón propio de pescadores que llevaría Pedro para resguardarse del frío de la madrugada. El autor quiere dar a entender que Pedro iba desnudo bajo el blusón y que por eso no podía quitárselo antes de echarse al agua. Esto nos da una imagen lógica: vestido únicamente con su blusón de pescador, Pedro se lo sujetó a la cintura para nadar más fácilmente y se tiró al agua.

Luego, uno tras otro, siguiendo la indicación del discípulo amado, el primero en identificar al «Señor», reconocen en la fe a Jesús, que los invita a participar del banquete que él mismo había preparado pero no sin el aporte del fruto de su pesca, símbolo de la misión evangelizadora. La escena vuelve a cambiar, ahora de escenario, y, por lo tanto, bien se puede abrir una nueva sección. Pasamos del lago, en este caso, el lugar donde los discípulos desarrollan su trabajo apostólico, que representaría el ámbito de los asuntos humanos y el ambiente del trabajo evangélico, a la tierra firme. Allí, Jesús está esperando a los discípulos para dar comienzo al primer desayuno pascual en el que todos colaboran con algo. **“Al bajar a tierra, vieron que había fuego preparado, un pescado sobre las brasas y pan”**. La mención del fuego podría ir anticipándole al lector algo del episodio siguiente (la triple pregunta de Jesús a Pedro que también en torno al fuego lo negó tres veces), pero sin duda que los signos de pan y pescado, no pueden sino evocar el regalo extraordinario de aquella vez con que Jesús alimentó a más de cinco mil personas. Pero notemos que si bien aquella vez Jesús pidió pan y peces para una vez bendecidos, multiplicarlos y ofrecerlos, ahora quiere unir su pescado y su pan a los peces de los discípulos: **“traigan algunos de los pescados que acaban de sacar”**. Los que no tenían nada para comer ahora ponen en común los frutos de lo que el mismo Señor había producido gracias a su Palabra y a la obediencia de todos ellos. Así, la vida y el don del Resucitado se convierten en una sola cosa con la vida y el don de los Discípulos obedientes.

“Simón Pedro subió a la barca y sacó la red a tierra, llena de peces grandes: eran 153 y, a pesar de ser tantos, la red no se rompió”. Llegados a la orilla junto a Jesús, Pedro reemprende su servicio de liderar la



Cristonaut@s

EN LA GRAN MISIÓN CONTINENTAL CON LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

comunidad, llevando la red llena de peces sin romperla, a tierra. Su carisma de conservar la unidad en la Iglesia queda evidente. A diferencia del relato de Lucas en que “las redes se rompían y las barcas se hundían”, acá la red que no se rompe acentúa la capacidad de la Iglesia “Cuerpo de Cristo Resucitado” para recibir en su seno a todos los hombres, por muy distinta mentalidad y cultura que tengan. No hay excepción. El número de ciento cincuenta y tres peces ha dado origen a diversas interpretaciones. Así, por ejemplo, san Jerónimo en su comentario a Ez 47,6-12 dice que los zoólogos griegos habían clasificado 153 especies de peces. Al poner esta cifra, Juan aludiría simbólicamente a la totalidad y a la diversidad de la pesca de los discípulos, anticipando los resultados de la ilusión cristiana, que habría de llegar a todos los hombres o al menos a hombres de todas clases. Otros, ven un paralelo en la parábola del reino (Mt 13,47), en que la red echada al mar recoge peces «de todas clases». San Agustín nos ofrece el primer ejemplo de una especulación matemática acerca del número 153, que es considerado como la suma total de todos los números del 1 al 17. El simbolismo que puede hallarse en el número 17 varía y puede ser 10 mandamientos más 7 dones del Espíritu o los 9 coros de los ángeles más las 8 bienaventuranzas. Se puede, por tanto, especular con el dato de que 153 es un símbolo numeral de la perfección, simbolismo al que contribuye el hecho de que el 17, su elemento básico, está compuesto de dos números que simbolizan la perfección, el 7 y el 10. El evangelista, con la mención del número perfecto 153 estaría anticipando la plenitud de la Iglesia. Cirilo de Alejandría, propone una interpretación alegórica: divide el número 153 en tres componentes: 100, 50 y 3. El 100 representa la plenitud de los gentiles; el 50, el resto de Israel y el 3, la Santísima Trinidad. Pero el autor joánico difícilmente se referiría a la Trinidad como tal. La gematría cuenta con algunos expositores modernos que insisten en que el 153 representa la suma de los valores numéricos de las letras que componen la expresión hebrea «la Iglesia del amor». En definitiva, hasta hoy no podemos saber exactamente el significado del número 153, pero no nos equivocamos si en líneas de máxima sostenemos que simboliza la universalidad. En la captura realizada por orden de Jesús todo es extraordinario.

Luego, viene la invitación de Jesús: “**vengan a comer**” e inmediatamente la referencia eucarística: “**Jesús se acercó, tomó el pan y se los dio e hizo lo mismo con el pescado**”. Cada Eucaristía nos evoca el momento cumbre de la comunidad de fe.

Esta “**tercera vez que Jesús resucitado se apareció a los Discípulos**” es una invitación dirigida a toda comunidad eclesial para que recupere el sentido de su propia misión, poniendo al Señor, Palabra y Eucaristía, en el centro de su propia vida.

“**Después de comer**”, la atención queda centrada por completo en la figura de Simón Pedro. El evangelista específica, con dos pequeños fragmentos, cuál es el papel del Apóstol en la comunidad eclesial: primero está llamado al ministerio de pastorear (vv.15-17) y esa es la manera como el Señor quiere que Pedro lo siga (v.19), pero antes deja claro que su modo de dar testimonio y de dar gloria a Dios será el martirio (v.18). Pedro debe, por su amor a Jesús, entregar la vida. Ya lo había dicho Jesús en Jn 15,13: “No hay amor (*agápe*) más grande que dar la vida por los amigos”.



Cristonaut@s

EN LA GRAN MISIÓN CONTINENTAL CON LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Sin embargo, antes de confiarle a Pedro el encargo pastoral de la Iglesia e incluso antes de su martirio, Jesús le pide una confesión de amor “¿Me amas...?” “¿Me amas...?” “¿Me quieres...?” (vv. 15.16.17), tal como fueron las veces que negó su identidad apostólica. Ésta es la condición indispensable para poder ejercer su Pastoreo: confesar su amor al Crucificado ahora Resucitado. El desayuno de Jesús con el pan y los peces nos recuerdan a Jn 6; pero este posterior coloquio íntimo y personal de Jesús con Pedro, tiene reminiscencias de aquella noche de la Pascua, donde Pedro había negado al Señor por tres veces. El perdón a Pedro no es sino otro modo de dar cumplimiento a aquellas palabras de Jesús antes del lavatorio de los pies: “los amó (*agapáo*) hasta el extremo” (Jn 13,1). El perdón es, pues, la expresión más grande del amor. En la primera pregunta “**Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?**”, la comparación “**más que estos?**” podría interpretarse de dos maneras. Para algunos autores, la expresión “**más que estos**” indicaría el mayor amor de Pedro en relación al resto de los Discípulos que estaban allí alrededor del fuego. Otros, en cambio, suponen la pregunta en relación a la cantidad de peces o frutos que acaban de sacar. Jesús estaría queriendo poner el vínculo amoroso entre ambos por encima de la fecundidad de la misma misión por Él encomendada. Parafraseando, en el primer caso sería: “Pedro, ¿me amas más que lo que me ama Tomás, Natanael, los hijos de Zebedeo y los otros dos discípulos, incluso que el discípulo al que Jesús amaba? Mientras en el segundo caso la pregunta quedaría así: “Pedro, ¿me amas más a mí que a todos estos peces juntos?”.

Sin embargo, más allá del significado de este agregado, lo que sí quiere el evangelista es rehabilitar a Pedro y recuperar su rol en clave de amor, pero no de un amor cualquiera sino de un amor *agápe*, es decir, de un amor total capaz de dar la vida por el rebaño. Las dos primeras veces, Jesús pregunta con el verbo *agapáo* (amar) y Pedro responde con el verbo *fileo* (querer). Sólo en la tercera oportunidad Jesús parece bajar el nivel de exigencia y pregunta si lo quiere con el verbo *fileo* a lo que Pedro, entristecido, responde afirmativamente. El evangelista no solamente parece querer evidenciar que no es lo mismo amar que querer, o sea, que hay distintos modos de expresar el afecto, sino también parece querer dejar claro que Pedro todavía tenía que seguir creciendo en el modo de amar al Señor. Obviamente, cuando le llegó la hora de morir mártir, ya habría entendido lo que suponía el amor de ágape en cuanto oblación total. Jesús confió a Pedro “Sus” corderos apostando a que “**cuando sea viejo**” llegaría a esta donación total. Únicamente el que ama con amor agápico puede apacentar el rebaño como el Pastor que dio su vida con un amor así. Le estaba confiando “**mis corderos**” aún sabiendo que le faltaba madurar, pero sabiendo que esa Roca que Él mismo había elegido, al final, podría responder al amor de Cristo con un amor de ágape como Cristo ama. Esta página tiene una enorme densidad eclesiológica y está penetrada por uno de los temas centrales de todo el Cuarto Evangelio: el amor (*ágape*) con el que nos amó y nos ama Jesús. Por algo, la última palabra de Jesús a Pedro en este diálogo tan trascendente para el Discípulo es “**sígueme**”, o sea, “**ve tras mis pasos**”. ¿No querrá recordarle que a pesar de ser el Pastor tiene que seguir “siguiéndolo” al Resucitado, tiene que seguir caminando y, sobre todo, tiene que seguir creciendo hasta aprender la medida del amor perfecto?



Cristonaut@s

EN LA GRAN MISIÓN CONTINENTAL CON LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Reconstruimos el texto:

1. ¿Dónde se les apareció de nuevo Jesús a los discípulos?
2. ¿Qué le dijo Pedro a los discípulos y ellos que le contestaron?
3. Al amanecer ¿Qué sucedió?
4. ¿Qué le dijo el discípulo predilecto a Pedro?, ¿Qué hizo Pedro?
5. ¿Qué hicieron los demás discípulos? y ¿Qué paso cuando saltaron a la tierra?
6. ¿Qué les dijo Jesús y qué hizo Pedro?
7. ¿A qué no se atrevían los discípulos y porque?
8. ¿Qué número de aparición de Jesús resucitado fue esta?
9. ¿Qué le dice Jesús a Pedro tres veces y qué le contesta tres veces Pedro?
10. ¿Qué le paso a Pedro y que le dijo cuándo le preguntó por tercera vez?
11. ¿Finalmente que le dijo Jesús a Pedro y porque?
12. ¿Cómo termina este texto?

2.- MEDITACION: ¿Qué me o nos dice Dios en el texto?

Hagámonos unas preguntas para profundizar más en esta Palabra de Salvación:

1. “Salieron y subieron a la barca” (v.3). ¿Estoy dispuesto, yo también, a hacer este recorrido de conversión? ¿O prefiero seguir escondido en mí mismo o en mi comunidad, pero lejos de Jesús? ¿Quiero decidirme a salir, a ir en pos de Jesús?
2. “Pero esa noche no pescaron nada” (v.3) ¿Tengo el valor para reconocer que en mí hay vacío, que es de noche, que no tengo nada entre las manos? ¿Tengo el valor de reconocermene necesitado de Jesús y de su presencia? ¿Quiero revelarle mi corazón, lo más profundo de mí mismo, lo que trato siempre de ocultar o de negar y que me hace infecundo? Él lo sabe todo, me conoce hasta el fondo; ve que no tengo nada que comer; pero soy yo el que debe aceptarlo, llegar a Él con las manos vacía y decírselo. ¿Estoy dispuesto a dar este paso para que surja el alba de mi día nuevo?
3. “Tiren la red a la derecha” (v.6) El Señor me habla claramente; hay un momento en el que, gracias a una persona, a un encuentro de oración, a una Palabra escuchada, yo comprendo lo que debo hacer. ¿Estoy dispuesto a escuchar y a obedecer? ¿Tengo el valor de confiar en Él o prefiero seguir tomando mis propias decisiones? ¿Quiero tirar mi red por Él?
4. “Simón Pedro... se tiró al agua” (v.7). Ahora es mi momento. ¿Quiero yo también arrojarme al mar de la misericordia del amor del Padre, entregarle a Él toda mi vida con mis dolores y mis deseos, mis pecados y mis esperanzas, mis ganas de volver a empezar y mis pocas fuerzas? ¿Qué estoy dispuesto a ceñir para poder nadar mejor y más rápido hacia Jesús?



Cristonaut@s

EN LA GRAN MISIÓN CONTINENTAL CON LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

5. “Traigan algunos de los pescados que acaban de sacar” (v.10). El Señor pide unir su alimento al mío, su vida a la mía, los frutos de mi misión a los suyos. Él me espera a su mesa pero llevando también a todos aquellos hermanos/as que Él mismo me entrega. No puedo ir a Jesús sola/o. ¿Estoy dispuesta/o a acercarme al Señor, a sentarme a su mesa, a hacer Eucaristía con Él y a llevar conmigo a muchos hermanos y hermanas? ¿Cuáles son mis resistencias y mis obstáculos para ir a Él con los demás?
6. “¿Me amas tú?” (v.15) ¿Cómo respondo a esta pregunta? Recordemos que 1Jn 4,7-21 nos afirma que la iniciativa del amor a Dios es siempre divina, que en el amor no hay lugar para el temor, pero también advierte que no se puede amar a Dios que no se ve sin amar al hermano ¿Cómo es mi amor a Jesús?
7. “Apacientas mis ovejas” (v.15.16.17) ¿Quiero la misión que el Señor me confía?
8. “Sígueme” (v.19) ¿Acepto seguirlo donde Él quiera llevarme? ¿Dónde me pide seguirlo “hoy” y “ahora”?

3.- ORACION: ¿Qué le digo o decimos a Dios?

Orar, es responderle al Señor que nos habla primero. Estamos queriendo escuchar su Palabra Salvadora. Esta Palabra es muy distinta a lo que el mundo nos ofrece y es el momento de decirle algo al Señor.

Padre misericordioso, que cuando como los Apóstoles, pocos días después de los acontecimientos de la Pascua se nos desvanezca su figura luminosa y recobremos el quehacer cotidiano, haznos recordar que
“Jesús es el Señor”.

Padre fiel, interviene en nuestra vida cuando, sin confiar ya en los medios humanos, nos sentimos ansiosos o abatidos; vuelve a darnos el coraje de poner a tu Hijo en medio nuestro para que podamos caminar con renovada confianza hacia el Resucitado.

Padre bueno, te damos gracias por el don que nos has hecho de Jesús-Palabra y de Jesús-Eucaristía, pan de vida partido por nosotros y alimento de nuestra vida espiritual personal y comunitaria.

Padre generoso, queremos corresponder a este inmenso don tuyo de regalarnos a Jesús Resucitado intentando vivir en comunión constante con Él a través de los signos que el evangelista nos ha presentado: reconociéndonos infecundos sin Jesús, trabajando juntos por el Reino, obedeciendo Su Palabra y sentándonos con todos los hermanos que “pesquemos” en torno a la mesa eucarística.

Padre amoroso, Tú que me has creado para decirme que me amas y para pedirme que te ame en los hermanos, te doy gracias, porque el corazón de la Iglesia late con el corazón de Pedro, pero ama con el corazón de Cristo.

Amén

Hacemos un momento de silencio y reflexión para responder al Señor. Hoy damos gracias por su resurrección y porque nos llena de alegría. Añadimos nuestras intenciones de oración.



Cristonaut@s

EN LA GRAN MISIÓN CONTINENTAL CON LA NUEVA EVANGELIZACIÓN

4.- CONTEMPLACION: ¿Cómo interiorizo o interiorizamos la Palabra de Dios?

Para el momento de la contemplación podemos repetir varias veces este versículo del Evangelio para que vaya entrando a nuestra vida, a nuestro corazón.

Repetimos varias veces esta frase del Evangelio para que vaya entrando a nuestro corazón:

«Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero»

(Versículo 17)

Así como soy, yo te amo. Para inscribirlas en el corazón, las repito y las rumio con la canción: “Tú sabes que te amo” (Hna. Glenda).

Y así, vamos pidiéndole al Señor ser testigos de la resurrección para que otros crean.

5.- ACCION: ¿A qué me o nos comprometemos con Dios?

Debe haber un cambio notable en mi vida. Si no cambio, entonces, pues no soy un verdadero cristiano.

En Jn 21,4 se afirma que “los discípulos no sabían que era Él”. Como acción personal o en grupo, podríamos esforzarnos en hacer una lista en la que concretemos todos los “lugares”, “momentos” o “situaciones” en donde reconocemos, hoy, al Señor Resucitado. Luego de hacer la lista, comprometernos a estar más atentos para “reconocer”, aunque sea desde lejos, al Señor.